

nos. Otros españoles, á fuerza de trabajos y hazañas, le estaban conquistando tambien, en las regiones americanas, imperios no menos vastos y mucho mas ricos que el que acabamos de mencionar.

Entre los aventureros que acompañaron al famoso Ojeda en su expedicion á Tierra Firme, y al afortunado y desdichado Balboa en el difícilísimo paso del istmo de Darien, y entre los que en Panamá se habian establecido con el cruel gobernador Pedrarias Dávila que hizo decapitar á Balboa, se hallaba un español, extremeño tambien como Balboa y Cortés, natural de Trujillo, hijo legítimo del capitán Gonzalo Pizarro, que habiendo pasado su primera edad en la humilde ocupacion de guardar ganado, sin conocer siquiera los rudimentos del arte de la escritura, se habia distinguido por su intrepidez y energía, por su valor en los peligros, y por la aplicacion y la inteligencia natural con que suplía la falta de instruccion, tanto que habia sido ascendido á la clase de oficial y se habia hecho digno y hábil para dirigir y mandar á otros. Este hombre era Francisco Pizarro.

Asociado Pizarro á otros dos españoles, llamados Diego de Almagro, y Fernando de Luque, sacerdote éste último y vicario de Darien, resolvieron, con aprobacion del gobernador, hacer una expedicion al Perú, ofreciéndose cada cual á contribuir con cuanto tuviese para los gastos del armamento. Pizarro, menos rico que sus compañeros, fué el encargado de mandar

y dirigirla atrevida empresa. Almagro habia de proveerla de tiempo en tiempo de víveres, municiones y refuerzos, y el sacerdote Luque, que se habia enriquecido en Santa María de Darien, costeó los primeros gastos, que importaron 20,000 pesos de oro. Pactaron y juraron repartirse entre los tres por iguales partes los paises que descubrieran y conquistáran, en fé de lo cual el clérigo Luque celebró una misa, en que despues de haber consagrado la hostia la partió en tres pedazos; y comulgando con uno dió otro á cada uno de sus asociados (10 de marzo, 1526). Un solo navío conduciendo ciento doce hombres de tripulacion era toda la fuerza con que Francisco Pizarro se embarcó en el golfo de Panamá, dirigiéndose al Sur á conquistar el mayor imperio del mundo.

Errante en su primera expedicion por islas y mares, despues de muchas penalidades y trabajos, de enfermedades y muertes en su escasa tropa, y de incesantes luchas con las olas y con los indios, encontróse otra vez el aventurero enfrente de la isla de las Perlas, en el centro del gran golfo de Panamá. Reforzado allí por Almagro con hombres y víveres, diéronse otra vez los dos á la vela, y mas felices en esta ocasion, llegaron á las costas de Quito, la mas bella y mas vasta provincia del imperio del Perú, y desembarcaron en Tucamas. Pero conociendo ser una temeridad empeñarse en la conquista con tan escasas y debilitadas tropas, resolvieron que Almagro vol-

viera á Panamá á buscar refuerzos, que en efecto llevó á su amigo, pero que tardaron en llegar muchos meses, cuando Pizarro se hallaba ya en la situación mas triste y desesperada, en una isla desierta con solo trece hombres, todos estenuados, luchando con las agonías del hambre. Con aquel refuerzo tomó rumbo hácia Sudoeste, y al cabo de veinte y un dias de navegacion, ancló en la bahía de la ciudad peruana de Tumbez, donde halló una generosa hospitalidad. Los exploradores fueron recibidos en todas partes con el mayor afecto, y el cacique le envió varios peruanos en canoas con bastimentos de toda clase en vasos de oro y plata, metales que brillaban en abundancia en sus habitaciones. Por lo mismo que mostraba ser un pais tan rico, y al propio tiempo tan populoso, que fuera temeridad intentar su conquista con tan pobres medios y tan poca gente, creyó Pizarro que volviendo á Panamá y enseñando los magníficos vasos de plata y oro y las finísimas telas de lana y algodón que de muestra llevaba, no podria menos de ser auxiliada su empresa (1527). Mas se equivocó en su cálculo; el gobernador se negó á ello; en Pedrarias no tenia confianza; y como los tres asociados hubiesen apurado ya sus recursos, tomaron la resolución de dirigirse á la córte misma de España, para lo cual pudieron reunir algunos fondos. El encargado de esta comision fué el mismo Pizarro.

A su arribo á Sevilla (1528) se vió encarcelado á

instancias del bachiller Enciso, en virtud de sentencia que éste tenia ganada por cuentas atrasadas con los primeros vecinos del Darien. Pero puesto luego en libertad por órden del gobierno, presentóse en Toledo al emperador Carlos V. con un aire de dignidad y de nobleza, que nadie habria podido esperar del antiguo guardador de puercos. Encontróse allí con Hernan Cortés, que á la sazón habia ido á justificar ante el monarca su conducta de las calumnias ó sospechas con que se le habia querido mancillar. De modo que el afortunado soberano, á quien los españoles acababan de hacer dueño de Italia y casi árbitro de Europa, daba al propio tiempo audiencia á otros dos españoles, de los cuales el uno ofrecia á sus pies la corona de un vasto imperio en el Nuevo Mundo, y el otro le prometia la adquisicion de otro imperio mas opulento y mas dilatado.

Pizarro le hizo una pintura tan viva, animada y discreta de los paises que habia descubierto y de los trabajos y miserias que habia pasado por ganarlos y difundir en ellos la fé cristiana, que no solo le prestó auxilios, sino que le hizo caballero de Santiago, le nombró gobernador y capitán general de 200 leguas de costa en Nueva Castilla (que así se llamaba entonces el Perú), con el título de Adelantado de la tierra (26 de julio, 1529), dignidad esta última que se habia comprometido á solicitar para su compañero Almagro, en lo cual procedió ciertamente Pizarro

con tanto exceso de ambicion como falta de nobleza. Don Fernando de Luque fué nombrado obispo de Tumbes y protector general de los indios en aquellas partes. Cuando Pizarro volvió á Panamá (1530), llevando consigo de Trujillo á cuatro hermanos suyos, indignóse justamente Almagro de la deslealtad de su compañero, y solo por mediacion de Luque, y obligándose Pizarro á no pedir al rey ni para sí ni para sus hermanos otra merced alguna hasta obtener para Almagro otra gobernacion igual que comenzase donde acababa la suya, pudo conseguirse que se reconciliaran de algun modo los antiguos asociados. Con esto Pizarro se dió otra vez á la vela con tres pequeñas naves y ciento ochenta y tres soldados (1531).

Cuando despues de nuevos trabajos y penalidades arribó la flotilla otra vez á Tumbes, lejos de hallar Pizarro la hospitalidad de la vez primera, no encontró sino disposiciones muy hostiles, porque habian llegado á conocimiento de aquellos habitantes las rapacidades cometidas por los españoles en otros puntos. Conoció Pizarro que era forzoso emplear la fuerza, y haciendo una marcha rápida y violenta á la sombra de la noche, sorprendió el ejército enemigo que maldaba el cacique de la provincia, y haciendo evolucionar los caballos, que en el Perú como en Méjico tomaban por monstruos, teniéndolos por una misma cosa con el ginete, y sucediéndole lo que á Hernan Cortés en Tabasco, ahuyentó los enemigos

poseidos de terror, mató algunos de ellos, y recibió pronto una embajada del cacique enviándole regalos y pidiéndole la paz.

El dios que adoraban los peruanos era el sol, al cual estaban consagrados los templos. La luna era tambien para ellos una divinidad de orden inferior. Habia entre ellos cierta comunidad de bienes, de placeres y de trabajos, y al fin de cada año se hacia una reparticion de tierras á cada familia. El imperio de los Incas, hijos del sol, fundado por Manco-Capac y por su muger Mama-Ozello, contaba entonces, segun su tradicion, cerca de cuatro siglos de antigüedad: habíanse sucedido doce reyes, y habíase apoderado últimamente del trono Atahualpa, despues de haber vencido en guerra civil, despojado á su hermano Huascar, y mandado matar á todos los hijos del Sol deque pudo apoderarse.

Avanzando Pizarro desde Tumbes en direccion Sur, fundó á la embocadura de un rio la primera colonia con el nombre de San Miguel. A poco recibió una diputacion de Atahualpa pidiéndole una entrevista, que se verificó en Caxamalca, presentándose el Inca con toda la pompa de un gran soberano. Mas en esta especie de parlamento pacífico, so pretexto de haber menospreciado el Inca los símbolos del cristianismo que le presentó el dominicano Valverde, dió Pizarro la orden de ataque. Al fuego y ruido de los mosquetes y al aspecto de la caballería española,

diéronse á huir aterrados los indios; la muerte sin embargo los alcanzaba, enviada por los arcabuces de los mosqueteros y por las espadas de los ginetes. Pizarro se precipita sobre los que aun defendian á su rey, rompiendo hasta llegar á Atahualpa, á quien hace prisionero asiéndole de un brazo. Las riquezas en oro, plata y telas de que se apoderaron los españoles despues de esta terrible victoria escedieron á cuanto ellos habian podido imaginar (noviembre, 1532).

Encerrado Atahualpa en una pieza de 22 pies de largo por 16 de ancho, ofreció al caudillo español que la llenaria de oro hasta la altura á que él alcanzase con la mano, si á esta costa quisiera restituírle la libertad. Gustosísimo aceptó Pizarro la oferta, y en su virtud el cautivo monarca hizo venir de Cuzco, Quito y otras ciudades del imperio cuanto oro pudo recogerse. Mas como la sala no se llenase con la brevedad que Pizarro apetecia, fué menester que tres soldados españoles pasasen á Cuzco para cerciorarse de que no era irrealizable lo que Atahualpa habia ofrecido. Estos comisionados se quedaron absortos á vista del oro y la plata que en increíble abundancia encerraban los palacios del rey y los templos del Sol, y en su sed de enriquecerse arrancaban con sus manos las láminas de oro que cubrian las paredes de los templos, escarneciendo sus dioses, abusando torpemente de las mugeres, y cometiendo toda clase de escesos.

Súpose en esto que Almagro acababa de arribar con refuerzos á la colonia de San Miguel, y Pizarro se apresuró á repartir el oro entre los suyos, tocando á cada uno cuantiosas sumas, que muchos quisieron venir á disfrutar pacíficamente á España. Mas aunque se habia reservado el valor de cien mil pesos á Almagro, quejóse éste amargamente de la desigualdad del repartimiento, y de que Pizarro se habia adjudicado la mayor parte. A fuerza de regalos y promesas aplacó otra vez Pizarro á su compañero, y los dos quedaron nuevamente reconciliados (1533).

Poco valieron al infeliz Atahualpa los sacrificios por su rescate. Denunciado como autor de una conspiracion horrible, por un miserable llamado Felipillo, sometiósele á un tribunal que le condenó á ser quemado vivo. El mismo Pizarro le intimó la sentencia. Lágrimas, ruegos, ofrecimientos, todo lo empleó en vano el prisionero; lo único que hizo Pizarro fué conmutarle la pena de hoguera en la de garrote, y eso porque habia accedido á bautizarse. Asi espío Atahualpa los crímenes con que habia manchado su elevacion al trono. Su muerte produjo la turbacion y la anarquía en el imperio, y su familia fué ferocemente sacrificada por un general ingrato. Aprovechándose Pizarro de este desorden, y habiendo recibido refuerzos de Panamá, avanzó hasta la capital, donde entró con poca resistencia. El oro que hasta entonces habian visto los españoles, era muy poco en

comparacion del que hallaron en Cuzco: este metal llegó á perder su valor hasta entre los soldados.

Noticioso y envidioso de tanta riqueza el capitán Belalcázar, á quien Pizarro habia dejado encomendada la colonia de San Miguel, formó el proyecto de apoderarse por su cuenta de la gran ciudad de Quito, y lo consiguió á fuerza de valor y de constancia, y de superar dificultades que parecian invencibles. Pero engañóse en sus codiciosas esperanzas, pues no solo no encontró el resto de los tesoros de Atahualpa que iba buscando, sino que los habitantes al abandonar la ciudad se habian llevado todos los objetos de algun valor.

Cuando así marchaba la conquista, hubo motivos para temer que estallára una guerra fatal entre los mismos escudillos españoles. Alvarado, uno de los más valientes capitanes de Hernán Cortés, noticioso de los triunfos de Pizarro, y no bien hallado con la quietud del gobierno de Guatemala que entonces tenia, corrióse con sus tropas al Perú, y después de sufrir en su marcha grandes fatigas y horribles padecimientos, presentóse también delante de Quito. Salieron á su encuentro Almagro y Belalcázar, y cuando se temia de un momento á otro un choque sangriento entre ambos ejércitos, afortunadamente no faltó quien intercediera con interés y con éxito en favor de la paz, y contentándose Alvarado con un donativo de cien mil pesos como indemnizacion de los gastos de su es-

pedicion, prometió renunciar á todo proyecto contra el Perú y volverse á su gobierno de Guatemala. Pizarro, que deseaba también libertarse de un rival tan temible, le hizo presente de otra igual suma, y Alvarado agradecido le dejó al retirarse casi toda la tropa que mandaba (1534).

Entonces fué cuando Francisco Pizarro se dedicó á realizar el proyecto que habia formado de fundar una ciudad que fuese el centro de sus conquistas y la residencia de su gobierno. Eligió para ello un valle agradable y fértil, y ejecutáronse con tal actividad las obras, que en un momento se vió levantada como por ensalmo una gran poblacion con palacios y casas magníficas. Esta ciudad era Lima (1535).

Habia entretanto venido á España su hermano Fernando con el oro y la plata que constituía el quinto del emperador, y que se elevaba á una cuantiosísima suma. La nacion y su monarca participaron de igual regocijo, y no habia elogios que no se prodigáran al conquistador del Perú. Diósele el título de marqués de los Charcas, y se le confirmó el de gobernador de aquellas regiones, que se nombraron Nueva Castilla, estendiendo su jurisdiccion á otras setenta leguas más de la costa meridional. A Almagro, además del título de adelantado, se le dió el gobierno independiente del gran territorio de Chile, aunque no conquistado todavía. Estos nombramientos produjeron vivas disputas entre los dos conquistadores, que estuvieron á

punto de dar el lamentable espectáculo de una guerra civil. Avenidos al fin por tercera vez los dos caudillos, y confirmado su ajuste en los altares con juramento solemne, Almagro partió para las deliciosas y fértiles regiones de Chile, donde no nos es posible seguirle en todos los obstáculos que tuvo que superar, ni en sus luchas con los audaces y robustos chileños.

Una insurreccion general de los peruanos contra los opresores de su país, á cuya cabeza se puso el Inca Mango, estalló de la manera mas imponente. Por todas partes eran degollados los destacamentos españoles que cobraban los tributos en las provincias. Un ejército de doscientos mil insurrectos se dirige á atacar á Cuzco, otro casi igual acomete á Lima. De los tres hermanos Pizarros que defendian á Cuzco, Juan, Fernando y Gonzalo, el primero muere de una pedrada, los otros dos son acorralados en un barrio de la ciudad. Todas las partidas que el marqués Francisco Pizarro envia en su socorro, son acuchilladas en el camino, y él tiene hartó que hacer con atender á Lima. Por fortuna llega al valle de Jauja con un refuerzo considerable Alfonso Alvarado, hermano del gobernador de Guatemala, y con su auxilio derrota el intrépido conquistador del Perú el ejército sitiador de Lima, ahuyentándole á la montaña. Pero en esto Diego de Almagro, discurriendo que en su gobierno debe estar comprendida la provincia de Cuzco, mar-

cha desde Chile con su ejército derecho á aquella ciudad, sorprende y derrota á los peruanos que ocupaban la mayor parte de la poblacion, hace prisioneros á los dos Pizarros encerrados en un barrio de ella, revuelve contra Alvarado que marchaba á socorrerlos, suduce sus tropas en Abancay, y le hace prisionero tambien. Aconséjanle que quite la vida á los tres ilustres presos, pero Almagro rechaza la proposicion, y se mantiene en Cuzco en expectativa de la resolucion que tomará Francisco Pizarro (1537).

El imperio del Perú se vé dividido entre dos antiguos compañeros asociados con juramento, ahora terribles enemigos, que dominan en sus dos capitales, Almagro en Cuzco, y Francisco Pizarro en Lima.

En tan critica situacion, Pizarro, sin perder su serenidad, recurre para vencer á su adversario á mañosas y artificiosas negociaciones, entretiénese con proposiciones engañosas de reconciliacion, hasta que lograda la reunion de sus dos hermanos y de Alvarado, y recibidos considerables refuerzos, declara abiertamente á Almagro que está resuelto á que se decida la cuestion con las armas. Almagro, anciano ya, achacoso y herido, ordena que sus tropas al mando de su teniente, el valeroso Rodrigo Orgóñez, le esperen en el campo de las Salinas á media legua de Cuzco. Se da un combate sangriento entre los dos ejércitos españoles; el de Almagro flaquea; Orgóñez cae prisionero, y un soldado le corta la cabeza de un

sablazo con bárbara ferocidad: el ejército de Almagro queda vencido (26 de abril, 1538). El mismo Almagro, testigo de la derrota desde un recuesto en que estuvo presenciando la batalla, busca su salvación en la fuga, pero es alcanzado y preso, y conducido con cadenas á Cuzco, que se rinde sin resistencia al vencedor. Su muerte es lo único que puede saciar la venganza de los Pizarros. Acusado del delito de alta traición y sometido á un tribunal, ya se sabía que los jueces le habían de condenar á la última pena. El anciano guerrero se siente abatido por la primera vez de su vida; invoca los recuerdos de su antigua amistad con Pizarro, implora compasión, alega la generosidad con que él se ha conducido con los hermanos Pizarros que tuvo en su poder, enseña su blanca cabellera por la cual ha pasado la nieve de setenta y siete inviernos, interesa y entenece á los soldados, pero no ablanda el empedernido corazón de los Pizarros. «Pues bien, esclama recordando súbitamente su antiguo valor, libradme de esta vida, y sácese vuestra crueldad con mi sangre.» Este hombre insigne sufrió la muerte de garrote en la prisión, y su cabeza fué cortada después en la plaza pública de Cuzco.

La crueldad de los Pizarros indignó á muchos, suscitó vengadores, y no faltó quien denunciara sus tiranías á la corte de España. Fernando Pizarro que se presentó en ella á defender su conducta y la de

sus hermanos, escandalizó con el lujo mas que régio de que hacía ostentación, y en vez del resultado favorable que confiaba conseguir, se creyó conveniente asegurar su persona, y fué arrestado primeramente en el alcázar de Madrid, y trasladado después al castillo de la Mota de Medina del Campo. Se envió al Perú en calidad de comisario régio á Vaca de Castro, hombre pundonoroso, severo é incorruptible, investido con las facultades de poner en otras manos el gobierno del Perú si lo creyese conveniente, y con la comisión de residenciar la conducta de Pizarro, que seguía ejerciendo allí un despotismo insolente, y distribuyendo á su arbitrio entre sus parientes y favoritos las tierras mas fértiles y mejor situadas.

Mas antes que llegase el comisionado régio, otros se habían encargado de juzgar á Pizarro de una manera menos legal pero mas enérgica. Un oficial instruido y hábil llamado Juan de Rada, con quien se había educado un hijo del desgraciado Almagro, joven que revelaba la misma firmeza de carácter que su padre, hizo su casa el centro y foco de una conspiración para matar á Pizarro y sus allegados. El astuto Rada tuvo ardid para tranquilizar al gobernador sobre las sospechas que ya le habían hecho concebir de la conjuración; y tal era la confianza de Pizarro, fiado en su máxima: «el poder que tengo para cortar la cabeza á los demas, garantiza la mia», que aunque recibió diferentes avisos, hasta del dia

en que se habia de ejecutar el proyecto, siempre le tuvo por imaginario, y la única precaucion que tomó aquel día fué no salir de casa, y hacer que le dijeran la misa (que era domingo) en su palacio. Por lo demás comió á la hora de costumbre con los oficiales que tenia convidados (26 de junio, 1544).

Aprovechándose el intrépido Rada de aquella imprecacion, sale de casa del jóven Almagro con diez y ocho de los conjurados, y lanzándose á la calle con las espadas desnudas al grito de «¡viva el rey! muera el tirano!» que era la señal convenida, acuden los demas conjurados y se precipitan todos al palacio del gobernador. Tal era el odio á la dominacion de Pizarro, que al verlos las gentes pasar por la plaza, se decian unos á otros con indiferencia: «estos van á matar al marqués, ó al secretario Picado.» Pizarro, á quien acompañaban solamente su hermano Francisco, un caballero y dos pages (los demas habian desaparecido al ruido de los agresores que penetraban en su aposento), se arma repentinamente, y sin tiempo para ajustarse la coraza, empuña su escudo y su espada, y gritando: «valor, amigos, y á ellos que traidores son!» se lanza sobre ellos, y se empeña una lucha desigual, y mas desesperada que provechosa. Su hermano cae muerto á sus pies, y él mismo despues de parar muchos golpes, fatigado ya y rendido su brazo, recibe una estocada en el cuello, y el vencedor de tan innumerables huestes en los campos de

batalla sucumbe en su aposento á manos de uno de sus oficiales.

Asi pereció el célebre Francisco Pizarro, hombre singular, que con solo su valor y su natural talento, falto de toda clase de instruccion y sin haber llegado á saber escribir su nombre, que tenia que poner su secretario entre dos rasgos que para firmar trazaba él con su pluma, llegó á conquistar dilatados reinos y á gobernarlos y dirigirlos.

Los conjurados se derramaron por la ciudad con las espadas ensangrentadas anunciando la muerte del tirano, y proclamando al jóven Almagro único y legítimo gobernador del Perú. «Si entonces el viejo Almagro, dice un erudito historiador español, pudiera levantar la cabeza y contemplar á su hijo sentado en aquella silla y debajo de aquel dosel, gozara en su melancólico sepulcro algunos momentos de satisfaccion y de alegría. ¡Pero cuán cortos fueran, y cuán acerbos despues á su corazon paternal! Verfale, al frente de un partido furioso, sin talento para dirigir y sin fuerza para contener: divididos sus feroces capitanes, y matándose desastradamente unos á otros sin poderlo él estorbar: arrastrado por ellos á levantar el estandarte de la rebelion y á pelear contra las banderas de su rey: vencido y prisionero, pagar con su cabeza en un patíbulo la temeridad y yerros de su mal aconsejada juventud; y llevado por fin á la sepultura de su padre, con quien se mandó enterrar,

podieran ver los dos en sus comunes infortunios cuán peligroso poder es el que se adquiere con delitos.»

No nos compete á nosotros proseguir la historia de aquellas regiones, y aun hemos llegado hasta aquí por no dejar de dar noticia del fin que tuvieron los dos mayores y mas famosos conquistadores del Nuevo Mundo despues de Cristóbal Colon.

Asi mientras Carlos de Austria destruia las libertades en Castilla, dos castellanos le estaban conquistando vastos imperios en el Nuevo Mundo, y mientras unos españoles le aprisionaban reyes en Europa y en Africa, en Pavía, y en Túnez, otros españoles encarcelaban y enjaulaban emperadores y soberanos y derrocaban tronos en las regiones trasatlánticas, y sujetaban al cetro de Carlos V. dominios sin límites (1).

(1) El que desee noticias mas estensas acerca de la conquista de Méjico, que á nosotros, en conformidad al objeto y plan de nuestra obra, no nos incumbía sino apuntar, hallará cuantas pudiera apetezer en los autores y escritos siguientes: Bernal Diaz del Castillo, Historia de la Conquista.—Lopez de Gomara, Crónica de las Indias.—Antonio de Herrera, Historia general de las Indias.—Itinerario de la isla de Yucatan, por el capellan de Juan de Grijalva, MS.—Fr. Bartolomé de las Casas, Historia general de las Indias.—Solís, Historia de la conquista de Méjico.—Memorial de Benito Martinez contra Hernan-Cortés, MS.—De Rebus gestis Ferdinandi Cortesii, MS.—Declaracion de Puertocarrero, MS.

—Declaracion de Montejo, id.—La Carta de Veracruz, id.—Martir de Angleria, De orbe novo, y de Insulis nuper inventis.—Oviedo, Hist. nat. y gener. de las Indias.—Camargo, Hist. de Tlascala, MS.—Clavigero, Stor. del Messico.—Tezozomoc, Cron. Mejicana.—Sahagun, Hist. de Nueva España.—Robertson, Hist. de América.—Moratin, Las Naves de Cortés.—Prescott, Hist. de la Conquista de Méjico.—Con respecto á la del Perú, pueden verse las siguientes: El P. José Acosta, Historia natural de las Indias.—Pedro Mártir de Angleria: De Rebus Oceanicis decades.—Relatione d'un capitán spagnuolo della conquista del Perú.—Pedro de Cieza de Leon, la Chronica del Perú.—Paul

Chaix, Histoire de l'Amérique Meridionale.—Frezier, Voyage aux côtes du Perú, du Chili, et du Brésil.—Garcilaso de la Vega, Historia de los Incas.—Garcilaso de la Vega, Historia de las Guerras civiles de los españoles en las Indias.—Antonio de Herrera, Hist. general de las Indias Occidentales.—Washington Irving, Los compañeros de Colon.—Gonzalo de Oviedo, Hist. general de las Indias Occidentales.—William Prescott, History of the Conquest of Perú.—Ramusio, Viage de Francisco Pizarro, etc.—Ternaux-Compans, Voyages, relations et mémoires, etc.—Ulloa, Memorias filosóficas, históricas y físicas de América.—

Juan Velasco, Hist. del reino de Quito.—Francisco de Xerez, Conquista del Perú y de la provincia de Cuzco.—Agustin de Zárate, Historia del Descubrimiento y conquista del Perú.—Quintana, Vidas de Españoles célebres, Francisco Pizarro.

En la Coleccion de documentos inéditos, tomos 1, 2 y 4, artículos Carlos I., Hernan Cortés, Benito Martínez, Montejo, Pámfilo de Narvaez, Velazquez (don Diego y don Antonio), y otros varios, se encuentran muy interesantes y curiosos documentos, relativos á la conquista de Nueva España y á la vida del famoso conquistador.